

te asumido como real. Los dioses y los demonios ya no reinan en la tierra con absoluta y más bien parecen estar dejando de ejercer pleno dominio sobre los hombres. Los seres humanos vacilan, dudan, descreen; ante lo extraordinario que no se explica de inmediato por causas físicas conocidas se pueden ensayar hipótesis, digamos realistas. Sino los mismos personajes, el lector a partir del mismo texto.

Los relatos de *Cordillera negra* refieren, pues, un universo indígena visto desde dentro, que ya no se representa totalmente la naturaleza ni su ser social e ideológico, ni lo individual como entidades o hechos surgidos de una instancia sobrenatural y a partir de fenómenos maravillosos e inexplicables, sino que vacila entre la aceptación de tal representación y su rechazo, y en la afirmación de otro sistema de creencia. Es un universo indígena que parece realizar el tránsito de la racionalidad mítica a la moderna; siguiendo a Todorov podríamos decir que estos relatos discurren de lo maravilloso a lo fantástico en la narrativa indigenista e indígena peruana.

Santiago López Maguiña

López Nieves, Luis: *Seva. Historia de la primera invasión norteamericana de la isla de Puerto Rico ocurrida en mayo de 1898*. San Juan de Puerto Rico, Editorial Cordillera, 1984; 117 pp.

Esta edición en libro de *Seva* presenta, aunque no se modificara ni una coma del texto original, una obra muy distinta del cuento homónimo que publicó el semanario *Claridad* el 23 de diciembre de 1893. El libro, antes que nada, desplaza el foco: añade a la historia apócrifa de la invasión una crónica de los avatares del propio relato. Al disfrazarse de artículo de novedad histórica aquel 23 de diciembre, *Seva* logró dislocar el universo de expectativas de lectura del público puertorriqueño hasta el punto de que los lectores más incautos (o si se quiere, más consecuentes) organizaron partidas de rescate del narrador y sus personajes. Los artículos que ahora acompañan el cuento narran los sucesos absurdos que provocó su confusión con un reportaje auténtico que osaba "revelar" mediante el testimonio de

un sobreviviente y otras pruebas documentales, la resistencia mártir de la comunidad costera de "Seva" ante un primer intento de invasión norteamericana. El anecdotario del escándalo *Seva*, recogido con amplitud en el libro, incluye informes de que el gobernador colonial se aprestó a designar una comisión averiguadora de los hechos narrados dada la inquietante movilización pública que ya despertaba en varios lugares de la isla. *Seva* se prolonga por tanto, sin remedio, en un recuento de su propio efecto de narración.

Además, una vez develada por completo la ingeniosa impostura del 23 de diciembre, la distancia de una lectura actual del texto, con respecto a la de su edición primera, es casi tan grande como la que Borges coloca entre *El Quijote* cervantino y la copia que Pierre Menard reproduce letra a letra, si bien difieren por otras razones. Esta disyunción de lecturas afecta aún a aquellos que siempre supieron que era un cuento, pues no dejaron de participar en una polémica cuya equivocidad sería traspuesta en cualquier lectura posterior. La estética de la recepción insiste que la obra literaria no comienza ni termina en el texto, sino en el conjunto de lecturas que los públicos de determinadas matrices socio-históricas confeccionan a partir de la materia textual, entre otras. El cuento *Seva* proporcionaría un buen caso experimental para una estética de la recepción: el mero trastoque de los registros de lectura activados por el texto permite afectar determinado campo de recepción de manera mensurable; el relato se transforma, sin mediaciones, en su propio efecto de recepción. La fábula se desdobla en intriga editorial y crítica. La verdadera aventura de *Seva* es la facilidad con que sectores no desdeñables de la comunidad lectora puertorriqueña siguieron el espejismo histórico tan borroso e improbable de una resistencia popular de masas al acto de sustitución de un amo colonial por otro.

Los campesinos, jornaleros y artesanos puertorriqueños no tenían nada que defender de las fuerzas invasoras norteamericanas que no fueran los privilegios de los usureros, comerciantes, hacendados, clérigos, alcaldes y guardias que se cobijaban bajo la nacionalidad española. Además, aquellos privilegiados, peninsulares o criollos, de todos modos se defendieron muy bien, acomodándose al

nuevo dominio colonial a pesar de las pérdidas y sacudimientos iniciales: nunca movilizaron a nadie contra la ocupación militar. Al inventar la gesta en verdad anticlimática de *Seva*, López Nieves toca una mella histórica puertorriqueña: la del proyecto nacional burgués que caducó en el 98 sin haber madurado nunca. El discurso épico intenta suplir una ausencia que ronda a ciertos sectores de la intelectualidad isleña contemporánea.

Los distintos artículos, entrevistas y comentarios incluidos en el libro, firmados por Josean Ramos, Pedro Zervigón, Marco Rosado Conde y José Manuel Torres Santiago (el trabajo de Torres, en verso) examinan la mezcla de euforia y confusión provocada por *Seva*. Josean Ramos cita en su encuesta dos contestaciones, una de José Luis Méndez y otra de Joserramón Melendes, que resumen los móviles de esa intriga. El primero responde que "como parte de su proceso de resistencia cultural, (el pueblo puertorriqueño) se ha dado cuenta de que nos engañan con los acontecimientos históricos. (...) *Seva* llega a un mundo de búsqueda y desconfianza. . ." (p. 78). Melendes, por su parte, apunta (reproducimos su gráfia personal): "que el orguyo nacional se exalte con un triunfo, quiere decir que se tiene; que una 'corrección' de la memoria oficial nos recupere, es esperanzador. Como simulacro, *Seva* adbierte lo que será el despertar verdadero cuando destapemos la historia colonial de las sábanas tendidas para el sueño" (pp. 81-2). Por un lado el interlocutor de *Seva* acoge, acorde a su consciencia de la falsedad de las versiones oficiales, un texto que imputa un engaño más. Al mismo tiempo, la versión acusatoria le asigna un turno al ofendido: la supuesta invasión de mayo fracasó gracias a la resistencia suicida, pero heroica, que opuso la comunidad.

El hecho muy explicable de que al pueblo puertorriqueño no le interesara mucho defender el legado colonial de España frente a las fuerzas invasoras norteamericanas, sirvió de base para fabricar el ideograma colonialista de la docilidad del "nativo" ante la llegada de los nuevos "civilizadores" anglosajones. Toda una resistencia social, cultural y política, lidiada por los estratos populares sin la participación de las clases propietarias criollas (aparte de algunos sectores despen-

didos del bloque dominante) desmiente ese ideograma. El proceso se desarrolló mientras el pueblo calibraba a los nuevos dominadores y reaccionaba en la vida cotidiana a los modos de sojuzgamiento y extracción aplicados. Pero la narrativa histórica oficial, difundida a través de incontables declaraciones públicas, documentos y textos de historia a lo largo de décadas borra nombres y silencia voces con eficacia muy notoria. A esa especie de saqueo ideológico ejemplificado en el ideograma de la docilidad, el texto de López Nieves opone, actuando por reacción refleja, nada menos que una épica, tradición que López echa de menos en la literatura puertorriqueña, según la entrevista de Josean Ramos incluida en el libro (p. 83).

*Seva* suple sin duda una demanda de la consciencia colectiva y de ello dan cuenta los textos añadidos al relato en el volumen actual. Pero hace falta ver en qué medida su reacción compensatoria ante la clase de agresión ideológica descrita, permite una lectura "des-ideologizante". El mérito del texto es su capacidad de articulación simbólica, y su trampa, la nostalgia.

El cuento traza un eje de connotaciones que vincula los enigmas del 98 progresivamente descifrados por el héroe, a hechos muy concretos vividos por el lector de hoy. Tras introducir el relato a guisa de expediente histórico (que incluye cartas declaraciones juradas, diarios de campana y mapas) en una misiva a la redacción de *Claridad*, el autor otorga la palabra al protagonista Víctor Cabañas, quien narra su azar en cartas que supuestamente ha confiado al primero. Resulta irónico que una narración que invita a una lectura ingenua mediante una ilusión documental tan elaborada, presente a Cabañas reportando otra lectura muy desconfiada y alerta. Este narra en su primera carta que mientras leía un poema folklórico alusivo a la conquista norteamericana, descubrió una pseudoerrata (sustitución de junio por mayo) que desencadenaría su búsqueda de la verdad sobre los sucesos del 98. De ese modo, un acto de suma suspicacia en la lectura, tal como barruntar que lo que luce como errata *no* es una errata, cataliza toda la aventura del protagonista. A lo largo de las cartas subsiguientes Víctor Cabañas se transforma en el lector heroico que persigue por bibliotecas, archivos secretos y li-

brerías de la isla y el extranjero, a gran riesgo y sacrificio personal, la versión verdadera de un hecho que todavía obsesiona a miles de lectores reales puertorriqueños. Los lazos de identidad con el héroe resultan tan afianzados que el lector no percibe ni quiere percibir que se trata de un héroe ficticio, y mucho menos que él mismo ha sido interpelado ficticiamente como lector de historia. Esto es cierto sobre todo en el caso de la edición no anunciada del 23 de diciembre. El encuadre posterior, que advierte la factura ficticia de los documentos, permite contrarrestar el efecto de identidad y da cabida a una distancia crítica entre la lectura de Cabañas y la actividad comparable del propio lector. Permite una recepción reflexiva e irónica de los órdenes contrapuestos de los ficticio y lo histórico, y de las precarias convenciones que los separan.

Por otro lado, al levantar como capas superpuestas una serie de camuflajes en los que Cabañas remplace al lector, mayo sustituye a julio, Seva a Ceiba, Luis M. Rivera a Luis Muñoz Rivera, el diario secreto de Miles a su proclama pública, el desembarco por el este al desembarco por el sur, y un mapa a otro, el relato establece un eje paradigmático en el cual los diversos acontecimientos narrativos pueden ser intercambiados por otros pertenecientes al contexto político y social de la recepción. En ese tenor, la masacre de Seva puede intercambiarse por el fusilamiento encubierto de dos jóvenes independentistas el 25 de julio de 1978, día en que el gobierno colonial celebraba el aniversario de la invasión norteamericana; las ruinas ocultas de Seva son intercambiables también por el arsenal nuclear escondido en la base naval Roosevelt Roads de Ceiba; lo mismo, el acto de Miles de erradicar todo indicio físico y lingüístico de Seva (dando pie al metaplasmo "Ceiba"), es sustituible por las conspiraciones de funcionarios actuales para encubrir actos de agresión comparables. Los acontecimientos narrativos connotan entonces hechos reales contemporáneos del lector. Tal cadena de connotaciones articula un simbolismo de vida y muerte: los lapsos de la memoria oficial ocultan la muerte; los testimonios de la memoria colectiva garantizan la supervivencia. El propio gesto de lectura suspicaz responde a esa divisa. El motivo heroico de la búsqueda remite a un contexto po-

lítico y social donde todo movimiento de resistencia autóctona comienza por una restitución de hechos escamoteados en las versiones dominantes.

Lo que el relato no desatrina todavía a nuestro juicio, es la trampa de la nostalgia. Los resortes de la nostalgia histórica son ideológicos, es decir, invisibles, pero no menos dañinos. Uno de esos resortes es ver en la toma norteamericana de Puerto Rico de manos del colonialismo español, un paso hacia la degradación de un ser puertorriqueño que de alguna manera era más pleno o auténtico bajo el dominio peninsular. Otro resorte es reprocharles, aún en forma inconsciente, a los puertorriqueños del común de aquella época, la casi indiferencia mostrada ante el cambio de dominio. Ambos resortes, como las trampas de caza, empujan hacia una encerrona ideológica en la que todo esfuerzo nostálgico de salida aumenta la prisión. La única salida posible es romper hacia el frente. Si no, se termina, como en este caso, atrapado en la falsa lógica de la docilidad del colonizado que tan lúcidamente viera desde adentro René Marqués.

El peligro de insistir en situar una época de resistencia en el 98 es que conduce a gastar municiones en desagaviar a un ser puertorriqueño por más señas abstracto, de inculpaciones y degradaciones históricas asumidas sin razón (recordemos que intentar compensarlas es asumirlas). El resto del pueblo puertorriqueño no necesita cargar con la insuficiencia de las capas propietarias criollas para madurar un proyecto racional alternativo al continuismo colonial del 98. Además el 98 no es el principio, y mucho menos el fin. Sabemos que los estratos populares puertorriqueños cuentan con amplio material épico en las primeras luchas sociales de este siglo, y en su generoso aporte, muchas veces anónimo, al antimperialismo albizuista — gestas cumplidas durante las décadas en que el impacto mayor del colonialismo norteamericano comenzó a sentirse.

El conductor de una gesta muy conocida en el mundo, la de octubre, anotaba ya al cabo de su vida: "La verdad no está en los comienzos, sino en el final; más exactamente, en la continuación" (Lenin: *Cuadernos filosóficos*). Acá, más cerca, el joven poeta

puertorriqueño Joserramón Melendes, lee cierta continuidad simbólica en Seva, una especie de "training" para un evento todavía por llegar (p. 82). Una vez planteadas estas prevenciones contra la nostalgia, nos solidarizamos con esa lectura.

Juan Ramón Duchesne

König, Irmtrud: *La formación de la narrativa fantástica hispanoamericana en la época moderna*. Frankfurt am Main, Verlag Peter Lang, 1984; 328 pp.

Debemos a la investigadora chilena Irmtrud König el más riguroso y documentado estudio sobre la narrativa fantástica hispanoamericana que haya aparecido hasta el momento. Y esto que, como lo señala su título, dicho volumen se ocupa solamente del período de formación de nuestra narrativa fantástica en la época moderna, es decir el que comienza a manifestarse en la segunda mitad del siglo XIX, como una inoculación un tanto exótica en la narrativa romántica hispanoamericana, y que luego cuaja en las primeras esclarecidas manifestaciones de relato fantástico de nuestros modernistas Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Clemente Palma y Horacio Quiroga. Algunos de estos autores continuaban publicando relatos fantásticos hasta mucho después de la muerte de Darío en 1916, es decir, bastante después de la culminación oficial del ciclo modernista, pero esas plasmas tardías del modernismo fantástico ya no son materia de la investigación de König, porque no calzan con el período de formación que le preocupa, y porque entendemos que habrían dilatado excesivamente el cuerpo de los resultados de su trabajo, que tal como está ya es considerable.

Desde las primeras páginas del libro queda expresado con claridad el proyecto crítico de la autora y su método de trabajo. Dicho proyecto considera —para señalar acá el aspecto de mayor trascendencia— una comprensión histórico-social del fenómeno investigado, que hace consultar en cada caso las condiciones de realidad (el "marco histórico") en que aparecen las distintas manifestaciones de lo fantástico

hispanoamericano, así como los supuestos ideológicos y estéticos que condicionan o determinan esas apariciones. Nada más lejos del trabajo de König, entonces, que el —en estos casos— usual tratamiento autonomista del relato fantástico, el cual suele imaginar estas expresiones literarias como gobernadas por un impulso propio, al margen de los condicionamientos de la historia y la sociedad. A este respecto la autora puntualiza que su trabajo "tiene por objeto el estudio de estos orígenes (los de la narrativa fantástica hispanoamericana en la Modernidad) a la luz de los factores de orden estético, cultural y social que intervienen en (su) formación" (p. 8) y, más exactamente, que "en tal sentido la aproximación crítica a este fenómeno literario demanda, además del encuadre histórico general y además de la consideración de las influencias provenientes de otras culturas y de su entronque con la propia tradición literaria, el que se desentrañen las implicaciones sociales e históricas específicas que explican las particularidades en que se funda y que permiten inferir el papel que le corresponde en el proceso literario de Hispanoamérica" (p. 9).

El lineamiento anterior se justifica tanto más porque, a la luz de los supuestos teórico-críticos de la autora, la narrativa fantástica hispanoamericana del período en cuestión no es un mero "fenómeno de transculturación marginal", nacido a imitación de la literatura europea, sino el producto natural y genuino, diríamos, del rápido proceso de modernización al que ingresa Hispanoamérica a fines del s. XIX, por efecto de su inclusión al sistema capitalista mundial que genera "profundas modificaciones (. . .) en las estructuras económicas y sociales de las sociedades hispanoamericanas" (p. 8). Desde esta perspectiva, la producción de una narrativa fantástica en nuestros países, durante las épocas premodernistas y modernista, no es una mera impostura, una simple reproducción mimética del correspondiente fenómeno europeo, sino la auténtica respuesta a situaciones histórico-sociales concretas, realmente vividas en nuestros ambientes metropolitanos más desarrollados durante el último fin-comienzo de siglo, y originadas por eso que alguien llamó con mucho acierto la "mundialización del mundo". A la demostración de estos hechos, y de sus peculiares rasgos dis-